

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Maple Bakery Murder*

© 2026, Nicole Ryse

© 2026, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-88259-42-5
DL: B 11.850-2026

Mapa: © Jill Tytherleigh
Diseño de cubierta: © Pip Watkins (S&S Art Dept.)
Imágenes de cubierta: © Shutterstock Images

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Grupo Ormo

Impreso en octubre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

R. L. Killmore

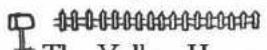
Misterio en la pastelería del arce rojo

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Para mí: aquí está la prueba de
que puedes conseguir cosas difíciles*



The Yellow House



Instituto



Cinnamon Way

The Griddle House



Rosie's Diner

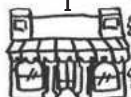


Guy's Grocery



Main Street

The Cinnamon Scoop



Cinna Cuts



Nutmeg Avenue

Harvest Square



Whitfield Family Mortuary



Cinnamon Grove



The Toasted Pecan



Granja
Old Man Milton

Asheville

Bones
Barber Shop



The Maple
Bakery



Almacén
general



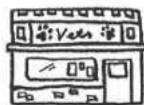
Comisaría

Ayuntamiento



Cinnamon
Falls

Paws &
Whiskers



Capítulo 1

Ginger

Sábado

Ginger Mills no podía soportar que su prima, Alexis, no se hubiese equivocado en absoluto. Cinnamon Falls sí que parecía un lugar de cuento de hadas. Una brisa suave arrastraba las hojas de color carmesí y tofe, que se arremolinaban sobre las puntas de sus botas militares de cuero desgastado mientras recorría la concurrida acera de Main Street. Cogió la taza de café con más fuerza, con los dedos entrelazados sobre el protector de papel. Un leve aroma a canela flotaba entre las fachadas de las tiendas. Echó la cabeza hacia atrás para que el sol cálido de la mañana le bañara el rostro y cerró los ojos. Aquel pueblo parecía sacado de un sueño, pero jamás lo admitiría. No podía darle a Alexis la satisfacción de decirle: «¡Te lo dije!».

Si alguien le hubiese preguntado seis meses atrás qué iba a hacer el segundo sábado de octubre, habría recitado del tirón su habitual lista de tareas: por la mañana, clases de tenis con Jorge en el club de campo y *brunch* con Camille, que se habría saltado por accidente (más bien a propósito) la clase, ya que solían tenerla a una hora muy temprana. Después, las dos habrían pasado la tarde comprando prendas deportivas para las clases y habría rematado el día con un nuevo peinado justo a tiempo para la reserva de la cena con Harrison en algún restaurante nuevo y elegante del centro al que lo hubiesen invitado.

Ninguna de las cosas mencionadas incluía la canela o las cascadas. Un pueblecito en medio del campo como aquel jamás había entrado en sus planes.

En aquel entonces, no se habría tomado la molestia de prestar atención a asuntos tan triviales como el hecho de que las copas de los árboles, besadas por el sol, arrojaban un resplandor etéreo sobre la calle concurrida, el dulce trinar de los pájaros juguetones que pasaban volando sobre su cabeza o el aire frío que le rozó el cuello, lo que la llevó a arrebujarse aún más con su chaqueta de cuero. Sin embargo, su vida había cambiado de repente.

En aquel momento se dio cuenta de todo lo que se había estado perdiendo en Atlanta, antes de que Harrison Caldwell se hubiera vuelto irreconocible y ella hubiera puesto patas arriba su cómoda vida (por la que cualquier otra mujer habría matado).

Cuánto cambiaban las cosas en retrospectiva...

No sabía a quién odiaba más: si a Harrison, a Camille o a sí misma.

Se sacó aquellas ideas angustiosas de la cabeza con una sacudida. Aquel día era la inauguración de su pastelería, un nuevo comienzo, y nada podía empañarlo, ni siquiera pensar en el controlador y manipulador de su ex.

Según Alexis, el mejor momento del año para el pueblo era durante el Fall Fest, y Ginger entendía por qué. Main Street se extendía ante ella: una calle amplia y animada que mostraba con orgullo las ambiciones empresariales de Cinnamon Falls. Apiñadas de forma desordenada unas detrás de otras, había fachadas de ladrillo y letreros pintados a mano en los que aparecían espantapájaros sonrientes y hojas otoñales.

La calle era un torbellino de actividad mientras los vendedores del Fall Fest descargaban con cuidado las mercancías que guardaban en los coches aparcados y trabajaban con ahínco para montar las mesas y los expositores. Ataviados con chalecos de color neón, los trabajadores del festival controlaban el flujo interminable de vehículos y daban órdenes a gritos mientras otros, haciendo equilibrios sobre largas escaleras de mano, se aseguraban de que de cada farola y cada arco colgase con firmeza una guirnalda de calabazas de papel en miniatura. Ginger estaba segura de que su prima se encon-

traba en medio de aquella multitud. Alexis Chambers se tomaba muy en serio su papel como presidenta del Comité de Festejos. A mediodía la calle estaría cortada por completo, el festival en marcha y el habitual murmullo del tráfico habría sido reemplazado por pasos errantes y carcajadas escandalosas. Si había algún megáfono en un radio de diez kilómetros, lo más probable era que estuviera en manos de Alexis.

Esquivó con cuidado una montaña de fardos de heno que estaban descargando de una camioneta. Estaba a apenas unas manzanas de su pastelería cuando la puerta del salón de belleza Cinna Cuts se abrió de golpe. Una mujer que llevaba el pelo peinado en una cresta gris estuvo a punto de chocar con ella, pero frenó justo a tiempo mientras se alisaba los laterales de la melena con las manos.

—Lo siento, cielo, no te había visto —dijo mientras se volvía de nuevo hacia la puerta de cristal abierta—. Ethel, lo digo en serio. ¡Ya sabes que voy a echarte de menos! Tómatelo con calma, ¿me oyes?

Dentro, enmarcada por la puerta, estaba la mujer llamada Ethel: menuda, de hombros estrechos y envuelta en un cárdigan negro demasiado grande para ella. Llevaba el pelo plateado peinado en rizos suaves. Tenía la piel pálida, fina como el papel prensado, y con los labios estrechos dibujaba una sonrisa triste. Con un gesto de una mano en la que se marcaban las venas, se despidió de la otra mujer.

—Conduce con cuidado, Delores —contestó con voz espesa y ronca.

Delores le lanzó un beso, se metió en un Cadillac azul medianoche y se alejó a toda velocidad.

A través de un amplio panel de cristal, Ginger vio a Ethel regresar al interior con lentitud. El salón de belleza era modesto, pero estaba limpio y ordenado: dos sillones de peluquería, espejos con marcos de madera pintada de dorado y un estante repleto de botes de laca y cremas para los rizos. El suelo de baldosas blancas y negras resplandecía. La mujer se agachó para recoger una escoba y se detuvo a medio camino, con los hombros un poco encorvados, como si le costara mu-

cho esfuerzo. Se irguió con una mano apoyada en la espalda y soltó un suspiro de fatiga. Entonces se metió la otra mano en el bolsillo, sacó un inhalador, se lo llevó a la boca y tomó aire una vez mientras cerraba los ojos.

Ginger echó un vistazo al cartel que había en el escaparate: «Ethel Lawson – 30 años peinando a Cinnamon Falls».

Delores había dicho que la echaría de menos. ¿Acaso iba a cerrar el negocio?

No sabía cuánto tiempo iba a quedarse en el pueblo, pero tenía la esperanza de lograr un éxito que se mantuviera a lo largo de treinta años, tal como le había ocurrido a Ethel.

Mientras se dejaba caer sobre el sillón más cercano, la mujer dejó vagar la vista hacia el escaparate y sus ojos se cruzaron con los de Ginger. Durante un breve instante se sintió pillada, como si se hubiera entrometido en un momento privado. Ethel la observó con una calma silenciosa y evaluadora, casi como si esperara que entrara en el local. Entonces le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa con un pequeño gesto de los dedos.

A su espalda, sonó el claxon de una carretilla elevadora, lo que la devolvió de golpe al presente.

–¡Moveos, gente! –gritó alguien al fondo de la calle.

Ginger apartó los ojos de Ethel, se recolocó la mochila y siguió adelante por Main Street.

Tras recorrer varias manzanas, llegó a Maple Bakery. Una mujer con pantalones de pernera ancha y estampado de lunas estaba cubriendo una mesa plegable con una tela gruesa de terciopelo. Con una paciencia nacida del hábito, colocó en el medio lo que parecía un cuenco de plata, hueco en el centro, pero con los laterales muy altos. Al acercarse un poco más, se dio cuenta de que era una escultura de dos manos entrelazadas con las palmas abiertas para recibir. Mientras la observaba, la mujer sacó de una bolsa una esfera resplandeciente bajo cuya superficie se arremolinaba una bruma negra como la tinta. Con cuidado, la colocó en el centro hueco del cuenco y colgó un cartel en la parte delantera de la mesa que, con letra cursiva, rezaba: «moonlight's howl apothecary». Y debajo: «hierbas medicinales para el cuerpo, luz de luna para el alma».

Rodeándole el cuello de forma holgada, llevaba una bufanda larga y roja cuyos flecos ondeaban con el viento a su espalda como un lazo en llamas. A medida que Ginger se acercaba, alzó la cabeza. Sobre la nariz afilada reposaban unas gafas de montura circular y plateada que hacían que sus ojos tiernos y marrones parecieran tan grandes tras las lentes que resultaba cómico. Separó los labios ligeramente mientras se apartaba de la cara una maraña de rizos rebeldes y oscuros que dejaron a la vista una sonrisa relajada.

—¿Quieres que te adivine el futuro antes de que comiencen las festividades? —le preguntó mientras señalaba la bola de cristal. La bruma negra como la tinta del interior se arremolinó con mayor rapidez.

—Lo siento, no tengo tiempo. Solo me he tomado un descanso para el café.

Ginger volvió a girarse hacia su edificio y metió la llave en la puerta verde como la espuma de mar de la pastelería. Se atascó dentro de la cerradura. Tiró y presionó, pero la llave no se movió ni un ápice.

«Cómo no...», pensó.

La mujer se puso en pie, pestañeando y con la sonrisa expectante todavía en el rostro.

Ginger señaló la puerta que se resistía, amenazándola en silencio para que se abriera mientras intentaba empujarla con el hombro.

—Voy a... ponerme a hornear ahora mismo.

—¡Así que eres la nueva repostera del pueblo de la que tanto he oído hablar! ¡Me dijeron que Marsha Pickens se había mudado a Asheville y que habías reformado su local en cuestión de meses! —anunció aquella mujer extravagante. Lo hizo en voz tan alta que debió de enterarse toda la manzana. La gente ralentizaba el paso, aunque fingía no estar prestando atención a aquella interacción. Ginger deseó poder desaparecer, sin embargo, vencida por la puerta, no le quedó más remedio que ceder a la conversación—. Rowan Bell —añadió de forma resonante—. Soy la propietaria de la botica naturista de Juniper Heights.

Con una floritura, la mujer estiró los brazos sobre la mesa, que estaba cubierta de botellitas con etiquetas escritas a mano, varias barajas de diferentes tamaños, joyas con piedras preciosas coloridas y la curiosa bola en la que flotaba una niebla oscura. Con los dedos repletos de anillos de plata, le tendió la mano y, al hacerlo, las pulseras que llevaba en la muñeca tintinearón de forma melodiosa.

Ginger titubeó. Le preocupaba que, en cuanto sus palmas se rozaran, Rowan pudiera ver cada mentira y cada recuerdo doloroso que estaba intentando enterrar. Aunque consideraba a Alexis Chambers parte de la familia, que más de una persona de aquel pueblecito estuviera al tanto de sus asuntos sería demasiado.

Pero también sabía lo rápido que podían correr los rumores. Si desdeñaba a la tipa rara del tarot delante de todo el mundo, a la mañana siguiente sería «la zorra de la pastelería». Una mala reputación no era lo ideal para un negocio nuevo. Tenía que lograr que funcionara, y, si eso significaba hablar entre dientes de naderías con los lugareños, eso era lo que tendría que hacer. Además, ya no había vuelta atrás. Atlanta ya no era su hogar. No tenía adónde ir.

Se tragó la aprensión que sentía y le devolvió el gesto.

—Ginger Mills —dijo con orgullo mientras sacudía la mano de la mujer dos veces con la esperanza de hacer acopio de confianza.

—Gingeeer —susurró Rowan—. Como la gente con el pelo rojo. Tienes que teñirte la melena para que haga juego con tu nombre. Tienes el tono de piel perfecto para ese color.

Nunca se lo había planteado, pero sería un cambio agradable de su habitual melena natural, negra y ondulada. Había rezado para poder empezar de cero y ¿qué mejor manera de celebrarlo que lucir un peinado nuevo?

—Aquí, todas las mujeres van a Cinna Cuts para que las peine Ethel Lawson. —Ginger siguió el dedo de la mujer, que señalaba hacia el fondo de Main Street, más allá del Rosie's Diner, donde acababa de comprarse el café—. Si no te importa que fume como un carretero en la puerta trasera o que vea

reposiciones de *Paternity Court*, deberías dejar que te capee la melena para que te enmarque la cara. Eso te daría un aspecto totalmente diferente –añadió Rowan, guiñándole un ojo.

–Gracias. Eh..., lo pensaré –respondió antes de volver a intentar abrir con la llave.

En aquella ocasión, la puerta cedió con facilidad. Se despidió de la mujer con educación, agradecida por poder poner fin a la conversación.

Cuando entró en el local, el aroma que la recibió fue como un abrazo cálido. La vainilla, el sirope de arce, el azúcar moreno y un toque de canela flotaban por el aire gracias a lo que había estado preparando por la mañana.

Respiró hondo, dejó el primer *latte* con vainilla del día y se remangó. Rodeó el mostrador de atención al cliente y se adentró en el pasillo estrecho que conducía a la cocina, donde todo seguía tal como lo había dejado al principio de la jornada.

Aquella era su parte favorita de la pastelería. Tenía encimeras pulidas y relucientes que brillaban bajo las cacerolas de cobre y las sartenes que colgaban del techo. La batidora amasadora esperaba recibir órdenes junto con varios cuencos de masa que estaba levando y un bote de harina medio vacío. Pronto necesitaría más, por lo que se alegraba de tener una entrega programada para la mañana siguiente.

Descolgó el delantal del gancho de la pared, se lo ató en torno a la cintura con doble lazada y, mientras se lavaba las manos, revisó la lista de tareas pendientes que había escrito en la pizarra. Había reducido su oferta a seis productos emblemáticos (lo que implicaba una cantidad de trabajo de repostería más que suficiente para un equipo compuesto por una sola persona), y todos ellos lucían una marca de verificación, lo que denotaba que había terminado la preparación antes de tomarse el descanso para el café.

Una sonrisilla de incredulidad se le dibujó en los labios. La inauguración. Tras meses de polvo y retrasos, al fin había llegado el momento. Había viajado desde Atlanta en una auténtica tartana, cargando con dos maletas, las recetas de su

madre y un contrato de arrendamiento que había firmado a ciegas para volcar todo su empeño en aquel local. Había vivido días en los que había creído que jamás le instalarían el suelo, noches en las que se había quedado dormida en la cocina de Alexis mientras hacía bocetos de la distribución de los espacios y momentos en los que había estado segura de que todo aquello jamás se haría realidad. Sin embargo, había persistido contra viento y marea hasta llegar a aquel instante.

Y el momento no podría haber sido más oportuno: el Fall Fest. El día más importante del año en Cinnamon Falls. Mientras todo el pueblo se dirigía hacia Harvest Square y Main Street, ella abriría sus puertas por primera vez.

Sintió una oleada de orgullo ante la idea de ir adelantada con los preparativos. Tras meses de preocupaciones y de preguntarse si habría cometido un error al dejar todo (y a todos) atrás, los astros se estaban alineando tal como debían. La repostería era una carrera de fondo, no un esprint. Apenas quedaban unas horas para que comenzaran las celebraciones, pero su destino era la perfección.

Comenzó por donde siempre lo hacía: con la masa. La primera tanda de pan *pull-apart* de canela y nueces pecanas, una hogaza laminada que se separaba fácilmente y era perfecta para compartir, había terminado de levar y el aroma del azúcar moreno y la mantequilla ya inundaba la cocina. La golpeó con suavidad y el siseo suave del aire al escapar la relajó más de lo que nunca podría relajarla la cafeína. Sacó la masa del cuenco, la fue estirando con las manos hasta formar un rectángulo y utilizó el rodillo para dejar las esquinas perfectas. La pinceló con la mantequilla derretida y espolvoreó la mezcla de azúcar con canela y nueces pecanas hasta los bordes. La cortó en cuadrados y los amontonó en un molde engrasado para un segundo levado. Después encendió los hornos de convección con movimientos precisos por la costumbre.

Lo siguiente fueron los donuts. Había asado las batatas el día anterior, por lo que, en aquel momento, tenían la textura perfecta: estaban tiernas, suaves y confitadas. Sacó el beicon frío y caramelizado del frigorífico y se metió un trozo en la

boca sin ningún pudor. El sabor salado y dulce hizo que su cerebro empezara a funcionar a toda máquina mientras cortaba la carne en trozos.

Ayudándose de una cuchara, repartió la masa de los donuts en el molde con un golpe rápido de la muñeca, tal como le había enseñado su madre. Claudine solía decir que podías adivinar el estado de ánimo de un repostero por a la textura de su masa: demasiado densa significaba que había estado muy ansioso; demasiado suave, que había estado distraído. A pesar de que se estaba estrenando, la repostería la calmaba y, a juzgar por la masa, aquel día prometía ser perfecto.

Mientras se enfriaba la primera tanda de donuts, empezó a preparar el glaseado de arce y, en un cuenco grande, mezcló azúcar glas, mantequilla, vainilla, una ración generosa de auténtico sirope de arce canadiense y una pizca de sal. Bañó cada uno de los donuts en la mezcla y los coronó con una capa abundante de beicon caramelizado.

En solo una hora, la cocina se había transformado en un musical compuesto del ruido de las varillas, tintineos y suspiros. Los *muffins* de avena con sirope de arce se estaban horneando en la rejilla superior mientras en la inferior levaba otra tanda de donuts. Cuando sonaron los primeros temporizadores, el vapor ya había empañado los cristales.

De vez en cuando, mientras trabajaba, Ginger miraba por la ventana y captaba el sonido distante de los vendedores que todavía estaban montando sus puestos y el murmullo suave de las risas que le llegaban desde Main Street.

A medida que se acercaba la hora de apertura, empezó a notar que la tensión se le acumulaba en el pecho. Exhaló entre dientes mientras se esforzaba al máximo por domar los pensamientos negativos que, aun así, se empeñaban en aflorar: «¿Y si odian mis postres?», «¿Y si no gano dinero?». O lo que era peor: «¿Y si Harrison aparece y me saca de aquí a rastras?».

Habían pasado unos largos meses desde que se había marchado de Atlanta para esconderse en la habitación de invitados de Alexis sin ningún plan para el futuro. Pero en aquel

momento estaba a salvo. Ya no había cabida para las dudas; solo para poner en marcha el plan.

Pasó a terminar las barritas de tarta de queso con manzana y caramelo salado, que eran las favoritas de su madre. Si era del todo sincera, aquella también era su receta favorita. Por eso la preparaba la primera y dejaba los últimos toques para el final. El día anterior, había extendido varias capas del relleno sobre una base de galletas Graham y había dejado que la tarta de queso cobrara firmeza durante la noche. En aquel momento, espolvoreó las migas de manzana y avena sobre el relleno cremoso y lo cortó todo con un cuchillo caliente antes de verter la mezcla de caramelo salado por encima.

Esperaba que a los habitantes de Cinnamon Falls les encantaran, pues les estaba entregando un pedacito de su corazón en forma de producto de repostería.

—Haz que mamá se sienta orgullosa —susurró mientras dejaba las barritas a un lado.

Cuando sonó el temporizador, recordó el *latte* de vainilla que había dejado sobre el mostrador y dio un largo trago. Tras limpiarse los dedos con el delantal, se puso manos a la obra con el que sería su último reto: la tarta de nueces y sirope de arce con glaseado de azúcar moreno.

Aquel sería el producto estrella de la pastelería; la receta que se había pasado semanas perfeccionando. Unas láminas jugosas de bizcocho de sirope de arce y nueces reposaban sobre una rejilla, enfriándose. Batió el glaseado de azúcar moreno hasta que estuvo esponjoso y esparció una cantidad generosa entre las diferentes láminas. Después, decoró los bordes con trocitos de nuez y el resultado fue su infancia en forma de tarta. Si hubiese seguido con vida, el tío Maple habría intentado meterse un trozo en la boca a escondidas. Se preguntó si la estaría observando con orgullo desde el cielo.

A las nueve y media dio un paso atrás para contemplar su reino: hileras perfectas de bandejas de *muffins* y donuts enfriándose junto a la ventana. Las hogazas de pan *pull-apart* de canela acababan de terminar de hornearse. Vertió el glaseado sobre ellas, observando cómo se colaba entre las diferentes

láminas como si fueran cintas. Cuando el aroma de las nueces tostadas, el arce y la canela la envolvió, notó que se le relajaba el pecho. Tal vez, solo tal vez, aquello funcionase.

A medida que el reloj se acercaba a las diez de la mañana, sacó del horno la última tanda de donuts de batata. Después fue a buscar el cartel de pizarra y los rotuladores de tiza líquida y comenzó a escribir el menú del día, detallando cada producto con sus ingredientes y precio.

Como último paso, giró el cartel de la puerta principal para que se leyera «abierto» y sonrió por primera vez en lo que le pareció mucho tiempo.

Si Cinnamon Falls era el pueblo de cuento de hadas que aseguraba su prima, eso significaba que albergaría un final feliz para ella. Cerró los ojos con fuerza y pidió un deseo: que aquel día fuese tan mágico como en sus sueños.

Cuando volvió a abrirlos, se dio cuenta de que su petición había acabado en el buzón de voz de los dioses.

Con las manos ahuecadas en torno a los ojos, pegado al escaparate como un niño en una tienda de caramelos, se encontraba Austin Jacobs, el irritante contratista con el que había trabajado en la reforma.

La sonrisa se le ensanchó tanto que estuvo segura de que acabaría empañando el cristal.

—Cómo no... —masculló.

Austin no esperó a que lo invitara a pasar. Antes de que Ginger pudiera saltar detrás del mostrador para esconderse, entró por la puerta.

Iba vestido como siempre: vaqueros desgastados que se le ceñían a los músculos atléticos y una chaqueta de marca con forro polar que le marcaba los brazos musculosos. Tampoco es que le hubiera prestado tanta atención. Una barba muy bien cuidada enmarcaba sus labios rosados, en los que lucía una sonrisa irritantemente relajada que a veces, durante un instante, hacía que se olvidara de lo molesto que era. Solo durante un instante.

Su piel sedosa y morena hacía juego con sus ojos, que eran de un color avellana cálido e intenso y que, cuando se posaron

en ella, lo hicieron durante más tiempo del necesario. Llenaba la estancia sin esfuerzo. Tenía una constitución demasiado grande (hombros anchos y piernas que parecían el tronco de un árbol) para su pintoresca pastelería y una personalidad demasiado alegre para aquella mañana ajetreteada y silenciosa. No tenía tiempo para la distracción que, sin duda, iba a suponer.

—Buenos días, cielo —canturreó con su voz de barítono, que rebotó contra las paredes y le reverberó dentro del cráneo.

Suspiró mientras, a pesar de su voluntad de hierro, la comisura de los labios se le crispaba con el inicio de una sonrisa.

—Estupendo. Mi primer cliente, y tenías que ser tú.

Capítulo 2

Austin

Austin Jacobs solía pensar que el Fall Fest era lo más parecido a la magia: el sonido suave y relajante de la música *lo-fi* que impregnaba Harvest Square, las risas que flotaban sobre las copas de los árboles y el consuelo de un bollo de canela caliente recién salido del Rosie's Diner.

Era el momento en el que Cinnamon Falls cobraba vida de verdad; la joya de la corona de la temporada, cuando Main Street se transformaba en una fantasía propia de la época de la cosecha. En las farolas ondeaban banderolas de arpillera y los bordillos de las aceras estaban flanqueados por calabazas de todos los tamaños que formaban filas perfectas y alegres. Sobre su cabeza, una guirnalda de lucecitas recorría la fachada de todas las tiendas. Sabía que, en cuanto el sol se pusiera por el horizonte, su pueblo centellearía en medio de la noche.

Ya de adulto, aquel sentimiento persistía, pero era diferente: estaba más enraizado en las profundidades de su pecho e hizo que se acordara de Rosslyn Rose y Maggie Shilling. A aquellas alturas, habría visto a Maggie ladrando órdenes a través de un *walkie-talkie*, portapapeles en mano. Aunque Alexis Chambers estaba haciendo una labor espectacular en ausencia de su predecesora, aquella época del año jamás volvería a ser igual. Sin las habilidades organizativas de Maggie ni los bollos de canela de Rosie, Cinnamon Falls parecía un poco más gris, como si le faltara la mitad del corazón. Aun así, la vida seguía adelante.

Acababan de dar las diez y media y Alexis había abierto las compuertas del Fall Fest. El aire fresco de la mañana soplaba por todo el pueblo, arrastrando el aroma del azúcar moreno, las nueces tostadas y el toque especiado y terroso que siempre estaba presente de fondo, procedente de los canelos silvestres que se encontraban a varios kilómetros de distancia. Austin pisó varios montones de hojas doradas y escarlata, cuyos crujidos, parecidos a los del papel, resonaban bajo sus botas. La mitad de los lugareños ya estaban en las calles, abrigados con prendas de franela, con tazas de sidra caliente pegadas al pecho y la nariz sonrojada por el frío.

Algo más arriba, Harvest Square se erigía como el centro de las festividades. Allí, generaciones de familias que regentaban negocios en Main Street montaban sus puestos bajo un dosel de árboles para exponer todo tipo de productos, desde mermeladas caseras hasta mantecas naturales para el cuerpo, piezas de ebanistería y productos de repostería. Los vendedores de los pueblos vecinos ocupaban las aceras y sus carpas salpicaban el asfalto de diferentes colores: naranjas tostados, rojos oscuros y amarillos dorados que ondeaban con la brisa. El aroma ahumado de la barbacoa, las nueces tostadas y las palomitas dulces flotaba en el aire. Se quedó allí de pie, observándolo todo. No había nada parecido: una mañana perfecta de otoño, su pueblo rebosante de color y la imagen gratificante de su obra en medio de todo ello.

Mientras la gente se detenía en las tiendas de Main Street, él fue directo a Maple Bakery, su última creación en una larga lista de reformas. Justo dos años atrás había trabajado con su padre sin descanso para reformar The Cinnamon Scoop y, después de que Marsha Pickens hubiese decidido trasladar CinnaSudz a Asheville, lo habían recomendado para que se encargara de la pastelería de Ginger Mills.

Desde la calle, la tienda era la viva imagen de lo que apenas unos meses atrás había imaginado para aquel local. El toldo a rayas rosas y blancas era lo primero que llamaba la atención, haciendo que desearas pararte para echar un vistazo. Sobre salía con orgullo junto a la fachada de ladrillo del almacén

general de Sly James. Le había costado un poco convencer a Ginger, pero, al final, había logrado que aceptara su visión. Después de tantas pérdidas, el pueblo necesitaba nueva vida, y la pastelería estaba destinada a aportarle más sabor.

Se acercó un poco más al escaparate, con las manos ahuecadas sobre los ojos, con la esperanza de verla trabajando. Esperaba encontrarla en la cocina que él mismo había construido, dando los últimos toques antes de la primera oleada de clientes del día. Por el contrario, se encontraba en medio del local, contemplándolo con los ojos entornados.

Una vez más, y a juzgar por su mirada, Ginger no parecía alegrarse demasiado de verlo. Durante la reforma se había acostumbrado a sus mohines y, a esas alturas, era capaz de distinguir todos sus gestos. Aquel, con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios fruncidos en una línea de desaprobación, le indicaba que contaba con unos diez minutos de su paciencia antes de que alcanzara el nivel máximo de irritación. Tiempo de sobra para ponerla de los nervios.

Como siempre, solo desprendía amargura, ni una pizca de dulzura. Se preguntó cómo era posible que una mujer tan guapa como ella pudiera parecer siempre tan malvada, sobre todo cuando clavaba la mirada en él.

Era difícil no fijarse en Ginger Mills. Tenía una pose orgullosa sin ni siquiera intentarlo, pues su figura esbelta y su confianza calmada le conferían una presencia imponente. Bajo la luz de las lámparas tintadas de color melocotón que colgaban del techo, su piel marrón resultaba oscura y luminosa como la miel caliente. El resplandor se le reflejaba en la curva de los pómulos y en el puente de la nariz, donde tenía una leve constelación de pecas.

Llevaba el cabello largo con ondas naturales recogido a la altura de la coronilla en un moño flojo, aunque el peinado había empezado a rendirse a la jornada. En la zona de las sienes se le habían escapado unos tirabuzones suaves y varios mechones rebeldes se le rizaban en la nuca y le rozaban el cuello del jersey.

Cuando se movía, desprendía un aire deliberado, como si hubiera planificado de antemano cada uno de sus gestos. Iba

vestida de negro de pies a cabeza, con un jersey suave y ajustado que le enmarcaba la cintura estrecha y le rozaba las caderas. Iba remangada lo justo como para dejar a la vista unas muñecas elegantes salpicadas de harina. Llevaba los vaqueros oscuros, que le ceñían las piernas alargadas, perfectamente metidos dentro de unas botas militares desgastadas que le daban un toque rebelde. El conjunto monocromático hacía que resultara imposible ignorar sus ojos, agudos y suspicaces, de esos que pueden ver el interior de las personas. También había algo especial en sus labios. Carnosos y expresivos, pero rara vez descuidados. Tal vez su aspecto fuera el sueño de todo hombre, pero también parecía dispuesta a morder si te acercabas demasiado.

Austin carraspeó y se obligó a sonreír, algo que, sin duda, le molestaría.

—Buenos días, cielo —canturreó mientras entraba en el local y dibujaba su más amplia sonrisa.

—Estupendo —comentó Ginger mientras ponía en blanco los ojos almendrados—. Mi primer cliente, y tenías que ser tú.

Él se llevó la mano al corazón con gesto de ofensa fingida.

—Han pasado cuatro semanas desde que te entregué las llaves, ¿es que no me has echado de menos?

Ginger lo fulminó con la mirada antes de quitarse el delantal manchado de harina y colgarlo del gancho de la pared. Cuando se colocó tras el mostrador, su pelo reflejó la luz como si fuera hilo de seda. Suspiró, estiró los brazos para deshacerse el moño y dejó que el pelo le cayera sobre los hombros en ondas suaves.

Con la boca seca de pronto, Austin se aclaró la garganta.

—Ya sabes que tenía que ver la tienda una vez abierta —dijo, mientras volvía a echar un buen vistazo al local. Se distrajo con los bolígrafos que había sobre el mostrador y que tenían hojas de arce danzando en torno al cuerpo—. Ya que, durante las reformas, me amenazaste con despedirme al menos dos veces.

—Tres —corrigió ella—. Y si no me hubieras puesto el suelo que quería, habrían sido cuatro.

Él soltó una carcajada y se echó hacia atrás mientras examinaba los estantes, las paredes pintadas de rosa suave y los postres que había en los expositores, que hicieron que le rugiera el estómago. La pastelería tenía incluso mejor aspecto de lo que había imaginado. El suelo de baldosas rosas con diseño ajedrezado resplandecía y cada detalle era un reflejo de la mente de su propietaria, desde el letrero retro del exterior hasta la pizarra con la lista de productos, donde, con letra redondeada y romántica, había escrito: «Si la vida te da limones, haz una *mousse*».

Por muy estirada que fuera Ginger, Austin estaba impresionado. Él había ensamblado los huesos de la pastelería, pero, en apenas unas semanas, ella le había dado vida.

—Lo has hecho genial, Ginger. Está increíble, como en tus bocetos.

Ella se encogió de hombros levemente, pero vio el destello de algo en su rostro, alivio, o tal vez orgullo, aunque se desvaneció de inmediato y recuperó su frío aplomo. ¿Sonreíría alguna vez?

—Gracias —dijo con tono monocorde, como si tuviera que forzarse a pronunciar las palabras. Tras un instante, añadió—: Tenías razón con el toldo. Es cierto que llama mucho la atención.

Austin reprimió una sonrisa mientras le venía a la mente el recuerdo del momento en el que los habían presentado, ciento ochenta y tres días atrás. Justo había terminado de comer en Rosie's cuando Terrance y Alexis Chambers lo habían llamado para pedirle que se reuniera con ellos en CinnaSudz. Una vez allí, le habían presentado a Ginger, la prima de Alexis, que acababa de mudarse a Cinnamon Falls desde Atlanta y había comprado la antigua tintorería de la señora Pickens, pues quería convertirla en una pastelería. Y rápido: a tiempo para la gran inauguración durante el Fall Fest.

Era una tarea titánica, que iba a obligarlo a dejar aparcados el resto de sus proyectos. Jacobs & Sons había funcionado a pleno rendimiento con dos personas hasta que, el año anterior, su padre había sufrido un accidente. Así que, en aquel mo-

mento, todos los grandes proyectos recaían sobre él. Llevaba montando suelos y pasando cable desde que había empezado a caminar, pero se había mostrado escéptico con respecto al plazo de ejecución de Ginger. Le había parecido que tardarían más de seis meses en terminar de renovar las cañerías y en completar tanto las modificaciones estructurales como las mejoras eléctricas, por no mencionar los permisos y las inspecciones, pero ella se había negado a reducir sus expectativas o aumentar su presupuesto, y a Austin le encantaban los retos.

A lo largo de los seis meses siguientes, Ginger no se había andado con chiquitas y le había descrito con gran detalle su visión para el proyecto. Había sabido con exactitud lo que quería: las estanterías ahí, el mostrador allá, un rinconcito en una esquina para las mesas de café, dos hornos de convección y una cámara frigorífica. Sin vacilaciones ni florituras, solo certeza. No sabía muchas cosas sobre ella o sobre por qué había escogido Cinnamon Falls, solo que había estado decidida a que el día de apertura coincidiera con el Fall Fest. Y, cuanto más lo había presionado, más intrigado se había sentido.

Mientras tanto, había intentado abordarla con conversaciones triviales (sobre el tiempo, el café o los cotilleos locales), pero ella había recibido cada broma con una mirada fría como el acero que habría podido congelar hasta las placas de pladur. Había descubierto enseguida que Ginger Mills era una tormenta humana. Tenía una visión de futuro propia, una concentración férrea y agallas suficientes como para plantarle cara con cualquier cosa, desde las muestras de pintura hasta el tipo de suelo. Siempre había sido el hombre de las respuestas, y Ginger era un soplo de aire fresco, a pesar de que lo volvía loco.

Se frotó la nunca y miró el mostrador, donde estaba colocando una bandeja de donuts con beicon por encima. Tenía que catar los productos.

—¿Piensas compartir alguno con tu contratista favorito?

—Eso depende —contestó ella sin mirarlo—. ¿Está tu padre por aquí?

Austin soltó una carcajada mientras sacudía la cabeza.

—De todos modos, prefiero el chocolate —replicó, encogiéndose de hombros.

Ginger puso un donut en una servilleta y se lo tendió, pero sus ojos dejaban claro que no era tanto un acto de amabilidad como un empujoncito para que se marchara de allí.

—Es el favorito de Terrance, el Otoño Glaseado. Es un donut de batata horneado hasta quedar dorado, bañado con un glaseado de arce y coronado con beicon caramelizado con más sirope de arce.

A Austin se le ocurrió una broma sobre los agentes de policía y los donuts, pero se la guardó para sí mismo. Dio un mordisco con lentitud. La masa esponjosa se le derritió en la boca y el dulzor del glaseado de arce le cosquilleó en la lengua. El crujiente salado y dulce del beicon era el añadido perfecto. Si estuviese en fase de volumen, se habría comido la bandeja entera.

—Ostras, Ginger. Es... ¿Los has hecho tú? —preguntó antes de devorar la otra mitad del donut en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué te crees, que soy una inteligencia artificial o algo así? Claro que los he hecho yo. —Lo miró con una tormenta en los ojos.

Se lo tragó, se lamió el glaseado que tenía en el pulgar y se rio de lo fácil que era sacarla de quicio. Ginger puso los ojos en blanco, pero Austin atisbó el destello de una sonrisa antes de que se diera la vuelta.

Contempló a los asistentes al festival que pasaban frente al escaparate: los niños perseguían las hojas y los vendedores pregonaban sus mercancías. Volvió a posar la vista en Ginger que, en aquel momento, mostraba una actitud más relajada, aunque seguía en guardia. Trabajaba a toda velocidad para llenar el expositor con la última tanda de donuts.

—Me apuesto algo a que vas a estar todo el día ocupada con el negocio —le comentó.

—Oh, seguro que sí. Si la gente deja de interponerse en el camino de los clientes que vayan a pagarme —replicó ella.

Austin se señaló a sí mismo.

—Eso es una indirecta, ¿eh?

Justo en ese momento, la campanilla que había encima de la puerta tintineó y una pareja cruzó el umbral: Niles, el hijo pequeño de los Benett, y Shawna Daniels, la sobrina nieta de la señora Pearline.

Austin había ido a clase con Nia, la hermana mayor de Niles. A él no lo conocía tan bien porque era más joven, pero, cuando se encontraban, mantenían un trato bastante cordial, sobre todo después de la reforma que hizo en The Cinnamon Scoop. Dado que eran los propietarios del primer negocio de Cinnamon Falls, los Bennetts eran considerados prácticamente de la realeza: todo el mundo los conocía y los respetaba. El joven le tendió el puño y él lo chocó con el suyo de forma amistosa.

—Buenos días, Austin, ¿cómo va todo?

Shawna lo saludó con un gesto educado de la cabeza y unas hojas se colaron tras ellos antes de que la puerta se cerrara con rapidez. La chica dio un largo trago a la taza de café del Rosie's Diner que llevaba en la mano, con la emblemática rosa roja impresa en un lateral.

—Todo bien —contestó Austin—. ¿Disfrutando del Fall Fest?

—Exacto. Un momento, esto antes era la tintorería, ¿no? —masculló Niles mientras miraba alrededor como si estuviera intentando recordar CinnaSudz en pleno apogeo.

—Sí, eso me contó mi hermana. Ya te lo he dicho, ahora es una pastelería.

Shawna se puso de puntillas y estiró el cuello para leer la carta que había en la pared.

A Ginger se le iluminó el rostro, su mirada se volvió más suave y adoptó una postura abierta y amistosa.

—¡Bienvenidos a Maple Bakery! Soy Ginger, ¿qué queréis tomar?

Así que sí podía ser simpática. Durante todo aquel tiempo, había estado convencido de que era alérgica a la simpatía.

—¿Esto es el Amor Pantástico? —preguntó Shawna mientras señalaba una hogaza de capas de pan glaseadas del tamaño de la palma de la mano de Austin.

—Sí, es mi versión de un bollo de cane...

—Ningún bollo de canela es mejor que el de Rosie —la interrumpió el joven mientras se cruzaba de brazos con gesto escéptico. Escudriñó el local, tomando nota de cada recoveco con una mirada lenta y concentrada.

Austin observó a Ginger, que no se amedrentó ante los comentarios de Niles. Alexis debía de haberla informado del amor feroz que Cinnamon Falls sentía por Rosslyn Rose incluso tras su muerte.

—No lo dudo. Me han hablado mucho de los bollos de canela de la señora Rosie y, créeme, jamás se me ocurriría insinuar lo contrario. Esto es un pan *pull-apart* de nueces pecanas con sirope de arce.

Shawna soltó un «Ohhh» mientras se acercaba más al expositor. Ginger siguió hablando para su audiencia embelesada.

—La masa es de mantequilla, está glaseada con sirope de arce y azúcar moreno y coronada con nueces pecanas. Sería el acompañamiento perfecto para el café que estás tomando.

Niles pasó la vista entre Shawna, Ginger y el pan *pull-apart* mientras tamborileaba los dedos sobre su propio bíceps, pensativo. Se acercó al expositor mientras daba vueltas de un lado para otro y, de pronto, dio un paso atrás.

—Ponme cinco porciones, otra de Hasta las Migas y dos Otoño Glaseado.

Ginger dio una palmada de satisfacción y comenzó a preparar el pedido. De debajo del mostrador sacó una caja de cartón desplegada, la dobló para montarla y colocó todos los productos dentro con rapidez mientras la pareja discutía sobre el gusto insaciable de Niles por los dulces, a lo que él respondió con un:

—La primera palabra que dije fue «vainilla», ¿qué esperabas?

Austin retrocedió hacia la puerta y alzó la mano en dirección a la repostera para hacerle saber que se marchaba. Cuando sus ojos se encontraron, levantó los pulgares en un gesto de optimismo. A modo de respuesta, ella lo despachó con otro gesto.

Tambaleándose, salió a la acera concurrida. Un grupo de adolescentes pasó a su lado y entró en la pastelería, inundan-

do el local con sus risas. Se detuvo junto al escaparate y observó a Ginger mientras encandilaba a sus nuevos clientes con una risa relajada que le iluminó la cara e hizo que le centellearan los ojos; risa que nunca se le había escapado cuando él estaba presente.

Sintió una opresión en el pecho; ese dolor sordo al que se había acostumbrado cada vez que sus pensamientos volvían a Samantha. Su nombre no era una herida como tal, ya no, sino, más bien, una cicatriz que le dolía cada vez que cambiaba el tiempo. Habían pasado siglos desde la última vez que había oído su risa, que podía llenar toda una habitación. Antaño, había creído que recordaría aquel sonido para siempre, pero ya apenas podía rememorar su eco. Los recuerdos en los que aparecían juntos se habían desdibujado, pero uno de ellos persistía, obstinado: aquel del que no podía desprenderse.

El grito de un niño surcó el aire y lo devolvió al presente mientras un grupo pasaba en tropel a su lado, alzando unas manzanas caramelizadas y pegajosas por encima de la cabeza como si fueran trofeos. Una de las vendedoras sujetó los artículos que tenía sobre la mesa cuando los pequeños pasaron corriendo. Austin la reconoció de inmediato. Aquel estilo excéntrico (una bufanda extraña en su largura que ondeaba en el aire, ropa holgada de colores y estampados diversos y una maraña de rizos brillantes y caóticos) tan solo podía pertenecer a Rowan Bell, que tenía la mesa de su puesto colocada justo enfrente de la pastelería.

Detrás de las gafas que le cubrían casi todo el rostro, arqueó una ceja y sonrió como un zorro que se hubiera topado con un pollito que por desgracia se hubiese perdido. Antes, demasiado enfocado en una sola cosa y ansioso por ver a Ginger, no se había fijado en ella. Estaba seguro de que lo había visto contemplando el interior del local.

—Vaya, vaya, vaya —dijo, arrastrando las palabras mientras se inclinaba hacia delante y apoyaba los codos en la mesa, que parecía una réplica en miniatura de su tienda: oscura, melancólica, extravagante y caprichosa—. Has estado un buen rato mirando fijamente ese escaparate como si...

—No estaba mirándolo fijamente —titubeó mientras notaba un calor subiéndole por la nuca—. Estaba admirando mi obra —replicó antes de cruzarse de brazos con la esperanza de ocultar que tenía las mejillas ardiendo—. Fui yo el que hizo la reforma del local, ¿sabes?

—No me sorprende —respondió de forma inexpresiva, señalando el logo que llevaba en el pecho: un martillo y una llave inglesa entrecruzados con las letras «J & S» bordadas debajo—. Jacobs & Sons se ha encargado de las obras de casi todos los locales de Main Street. —Con los dedos cubiertos de azúcar, señaló el escaparate de Ginger mientras rebuscaba en una bolsa de nueces pecanas. Justo en ese momento, una clienta joven se acercó a la mesa de la mujer, curiosa y callada, y lo rescató—. ¡Diviértete en el Fall Fest, señor Encimeras! —le gritó Rowan a medida que retrocedía para dejarle hueco a la clienta.

Austin aceleró el paso y se mezcló con el tráfico de asistentes al festival. Pasó junto a una pareja acurrucada que compartía una taza humeante de sidra. Mientras atravesaba Harvest Square, el centro neurálgico de las festividades, vio a una pareja de adolescentes que posaba bajo el arco de calabazas. Justo enfrente, una niña tiraba de la manga del abrigo de su padre con insistencia para mostrarle una hoja que había encontrado.

Y, de pronto, Samantha volvió a invadir sus pensamientos sin invitación previa, como una ráfaga de viento colándose a través de la rendija de una ventana. Rememoró la última vez que la había visto con absoluta claridad, de pie en el umbral de la puerta de la pintoresca casita amarilla que había construido con sus propias manos.

La casa que había creído que compartirían para siempre. La casa en la que lo había abandonado.

Todavía era capaz de visualizar las cajas medio llenas a su espalda (veintisiete, para ser exactos), su gesto de auténtica sorpresa al darse cuenta de que había regresado antes de tiempo, cómo había evitado mirarlo a los ojos mientras le decía que necesitaba «algo más que esto», algo más que él...

Y el modo en el que se había quitado el anillo para el que había estado ahorrando durante tres años y lo había dejado con cuidado sobre la mesa de la cocina. Que se lo hubiera arrojado a la cabeza le habría resultado menos doloroso.

Parpadeó con fuerza y se concentró en las banderolas de colores brillantes que tenía enfrente, en el crujido de las hojas bajo sus botas y en el sonido del trombón y la música *jazz* de Rodney McIntire and the Macs, pero nada consiguió distraerlo del recuerdo de Samantha. Excepto una cosa.

Miró hacia atrás, en dirección a la pastelería de Ginger, que iba empequeñeciéndose en la distancia con su toldo rosa sobresaliendo del fondo de ladrillos. Algo nuevo para la lenta y tradicional Cinnamon Falls.

Y, tal vez, algo nuevo también para él.